

Estado y sociedad: tan lejos como siempre

Pareciera que todo pende de un hilo a punto de romperse en cualquier momento. Es esa la sensación que experimentamos en estos días. No se trata solo de lo sucedido en Ilave, sino además de las decenas de conflictos repartidos por todo el territorio nacional.

Esta apreciación de fragilidad extrema que tenemos en estos momentos se consolida por la agobiante constatación de que quienes están en la obligación de reaccionar institucionalmente para prevenir, enfrentar y canalizar estos problemas son impotentes para asumir sus responsabilidades. Nuestras instituciones están anémicas, los partidos políticos son incapaces de emprender sus propias reformas, de producir liderazgos que los renueven, de encarnarse en la sociedad, previendo y encontrando soluciones para los innumerables y complejos asuntos que enfrenta nuestra sociedad en esta transición democrática.

Las emociones experimentadas por todos nosotros en estos días nos revelan nítidamente cuán frágil es aún nuestra democracia, cuán fragmentada está nuestra sociedad y cuán lejano aparece todavía el Estado del quehacer y de las preocupaciones cotidianas de los diferentes grupos sociales, económicos y culturales de nuestro país.

La sensación es que todos hemos fallado. En parte es así. El impulso inicial de la transición se ha perdido; no hemos sabido mantenerlo. No hemos

estado a la altura del reto que nos reclamaba el retorno a la democracia.

Es tiempo de contemplarnos a nosotros mismos sin complicidades, de mirar lejos y de descubrir la hondura de los desafíos de la construcción de la democracia. Nuestra República ha tenido tan poco tiempo de vida democrática que no nos hemos permitido gestar una cultura política que promueva pactos, llegue a acuerdos, anime la institucionalización del Estado, impulse la internalización social de las normas para que estas surjan de la participación informada y efectiva de todos y todas en este país plural y multiétnico. No ha existido el compromiso de fundar o renovar partidos vigorosos que realmente intermedien y representen a la sociedad. No hemos querido promover políticas que reduzcan la insoportable desigualdad que caracteriza a nuestra sociedad por la falta de desprendimiento de quienes no quieren compartir el sacrificio y la ausencia de creatividad de quienes gobiernan para promover un crecimiento con equidad.

Todavía estamos a tiempo de iniciar el proceso de democratización de la sociedad y del Estado, para que el Perú no siga siendo el país de las oportunidades perdidas y para que el movimiento pendular producido por la desilusión en la democracia recién conquistada no nos conduzca a acoger el autoritarismo o el aventurerismo populista como espejismos de cambio. ■